alrededor del año 600 reinaba en casi todas las tribus. Las influencias extranjeras penetraban asimismo en Arabia tanto por mediación de los árabes de los confines como por el establecimiento de colonias cristianas y judías, una de las primeras, por ejemplo, en Naŷrān, y una de las segundas en Yaṯrīb, la futura Medina. Así que los árabes no estaban ya verdaderamente aparte, sino sobre los senderos de las grandes civilizaciones. Cierto que los extranjeros con los que se codeaban no eran teólogos y que su fe reflejaba todas las creencias populares de Oriente; pero no por ello dejaban de ser un elemento de novedad en relación con el viejo paganismo árabe. Por otro lado, éste, a ejemplo de otros, iba sin duda sufriendo una paulatina evolución, al tiempo que la inquietud social podía desarrollar un estado de receptividad para las nuevas ideas: ya antes de Mahoma existían *ḥanīfes* preocupados por una religiosidad más elevada y por una concepción superior de la Divinidad.

Tal era el entorno en que nació Mahoma (Muḥammad).

HADIT (HADIZ o JADIZ): LITERALMENTE, CONVERSACIÓN, PALABRA Y ACCIONES DE MAHOMA, RELATADAS POR COMPAÑEROS

2. Mahoma

De todos los fundadores de religiones, Mahoma (Muḥammad) es probablemente quien tiene un perfil histórico más acentuado. Sin embargo, no podemos hablar de él con toda la precisión y exactitud que hubiésemos deseado. Conocemos su figura esencialmente a través de dos fuentes a las que tendremos que referirnos de nuevo, pero de las que tenemos que adelantar ahora algo para hacer comprender la naturaleza de las informaciones que nos proporcionan. La primera es el Qur'ān (Corán), que los musulmanes consideran como la Revelación de Dios recitada —éste es el sentido de la palabra— por su Profeta, pero que no fue puesta por escrito tal y como nosotros la conocemos más que después de su muerte, aparentemente con errores y lagunas y en todo caso con un orden de capítulos (Suras) e incluso de versículos, que no puede ser el mismo en el que fueron enunciados; la ciencia moderna se esfuerza por reconstruir un orden probable, siguiendo en ello los esfuerzos de los más importantes doctores musulmanes clásicos. En cualquier caso, el Corán contiene las enseñanzas del Profeta, pero nos proporciona muy pocos datos de los que podemos sacar partido a la hora de hacer su biografía. Nuestra segunda fuente está constituida por el *ḥadīṯ*, la tradición; se trata de palabras o de hechos relativos al Profeta y transmitidos por sus compañeros. Algunos *ḥadīṯs* completan o interpretan las enseñanzas del Corán; otros, sobre los que se basa la biografía tradicional del Profeta debida a Ibn Ishāq, dan cuenta de los acontecimientos sobresalientes de su vida. Pero muchos *ḥadīṯs*, sobre todo de la primera categoría, fueron modificados o forjados de pies a cabeza (y los doctores musulmanes siempre lo supieron), en el ardor de las querellas político-religiosas de los dos primeros siglos del Islam, para servir de argumentos a uno u otro de los partidos existentes. De todas formas, la extremada fragmentación de los *ḥadīṯs* que pueden ser históricos hace casi imposible la tarea de reunirlos en un conjunto coherente. Dado lo cual, debemos admitir que, si bien Mahoma es una figura histórica, lo que sabemos de ella está indisolublemente mezclado con muchos rasgos que no lo son tanto. Desde un cierto punto de vista, el conocimiento de estos rasgos tradicionales tiene tanta o más importancia que las investigaciones de la imagen histórica del hombre, dado que el musulmán creyente siem-

Quraysh: Tribu ilustre a la que pertenecía Mahoma. Su nombre responde a un animal totémico, el tiburón. Esta tribu luchó contra los musulmanes expulsándolos de La Meca.

pre las ha considerado verídicas y que su forma de comprender la figura del Profeta, aunque unas veces llegue a ofuscarnos, otras, en cambio, puede guiarnos hacia una mejor comprensión de lo que fue y significó. Por tanto, nos consideramos justificados, a condición de prevenir de ello honestamente al lector, al hacer un resumen de la biografía de Mahoma que sea una especie de tira y afloja entre la realidad histórica y la ulterior visión del creyente.

Mahoma, que nació en La Meca hacia el año 570, pertenecía a la tribu de Qurayš, pero a una rama en decadencia. Habiendo perdido de muy joven a su padre, madre y abuelos, fue educado por su tío Abū Ṭālib, junto con el hijo de éste, 'Alī. Pronto se enroló en las caravanas de mercaderes que se dirigían hacia Siria. Condujo varias que pertenecían a una viuda acaudalada, Jadīŷa, con quien se casó, aun a pesar de ser ella mucho mayor que él. Siempre sintió por ella un cariño profundo y mientras vivió no tomó otra esposa; le dio siete hijos, de los cuales solamente uno vivió y tuvo descendencia, Fātima.

Cuando tenía aproximadamente cuarenta años, Mahoma recibió por primera vez la palabra de Allāh. Preocupado, en un principio, de ser objeto de una intervención del diablo, poco a poco se persuadió de la autenticidad de la Revelación que Allāh le había encargado transmitir a los hombres. Hacia el año 613 empezó a predicar con frases breves, angustiadas, inflamadas, llenas del pensamiento de la cólera divina y de la inminencia del Juicio. Encontró algunos seguidores ardientes entre sus parientes (Jadīŷa y 'Alī), entre algunos libertos de origen extranjero y entre algunos jóvenes o gente de baja condición social. Pero en conjunto tropezó, por parte de los qurayšíes, con un escepticismo despectivo y con una oposición basada en el temor a que Mahoma comprometiese las instituciones religiosas o comerciales sobre las cuales basaban su poderío. La vida era penosa para la pequeña comunidad, algunos de cuyos miembros emigraron a Etiopía. Finalmente, el año 622, parece ser que Mahoma se decidió a escuchar la llamada que le dirigían las tribus judías y árabes de Yaṯrīb, en busca de un pacificador. Su viaje a la ciudad de éstos, que más tarde tomaría el nuevo nombre de Madīnat (Medina, la Ciudad, sobrentendiéndose: del Profeta), constituye la emigración, *Hiŷra, Hégira,* de la que los musulmanes pronto harían el punto de partida de su nueva Era. De ahora en adelante Mahoma figura en Medina como un pequeño jefe de Estado; las suras se hacen más largas, más consagradas a los problemas de la vida social terrena. Es inútil seguir aquí el relato de todos los episodios, no siempre seguros y claros, que nos aporta la Tradición.

Hégira: El inicio del calendario musulmán comienza con esta migración de Mahoma (16 de julio de 622); es un año lunar, con poco más de 354 días.

A Mahoma se le planteaba el problema de, sin olvidar su mensaje religioso, hacer que sus compañeros de emigración (los *muhāŷirūn)* viviesen en buena armonía con sus nuevos aliados de Yaṯrīb (los *anṣār),* problema que da lugar a la serie de acuerdos que se ha dado imprudentemente en llamar la Constitución de Medina. También se planteaba el de intentar lograr la unidad de fe: consideraba su Revelación como la culminación de aquella con la que Dios, tiempo atrás, había iluminado a Moisés, y antes que a éste, a Abraham, el antepasado común de judíos y árabes; y es ésta la razón por la que los no musulmanes son propensos a creer que el parentesco (a pesar de las divergencias) entre el Corán y el Antiguo Testamento es debido a las conversaciones que Mahoma y sus amigos tuvieron con los judíos de Medina. Mahoma podía, pues, suponer que se ganaría a los judíos medinenses; pero cuando este esfuerzo se reveló vano, actuó contra ellos con una mezcla de diplomacia y dureza que desembocó, por la muerte o el exilio, en la constitución de una comunidad medinense homogénea.

Por último se le planteaba a Mahoma el problema de proveer a la vida material de esta sociedad, de soldarla moralmente en el combate y de resistir a los qurayšíes, a los que inquietaba la constitución del núcleo hostil medinense, a la espera de poder integrarlos en el nuevo Estado. Los episodios bélicos que la Tradición se complace en relatar con todo detalle continúan en un sentido la vieja costumbre de las «algaras» entre tribus, pero también abren paso a lo que se convertirá en el *ŷihād,* la guerra santa. Mahoma no teme, puesto que se trata de combatir al no creyente, violar las treguas sagradas del antiguo culto de La Meca. A la larga, sin que fueran realmente vencidos, los qurayšíes comprendieron que había nacido una nueva potencia con la que se imponía negociar si no querían correr hacia la ruina de su comercio. La tregua subsiguiente permitió a Mahoma reunir en torno suyo un número creciente de tribus amigas y anexionarse algunos oasis, como Jaybar al Norte y Naŷrān al Sur; los tratados de sumisión que se concluyeron con los judíos del primero y los cristianos del segundo de ellos, servirían en cierto modo de precedente a los acuerdos con los no-musulmanes que más tarde seguirían a las grandes conquistas árabes, aunque ya los acuerdos con las tribus mostraban los rasgos de una organización, de una sociedad y de un Estado musulmán. Por último, en el 630 Mahoma pudo entrar en La Meca: el antiguo culto fue abolido, pero los qurayšíes se sometieron y no hubo represalias. Las

Ansar (lit. ayudante) Compañeros de Mahoma.

Algara: Palabra árabe que se aplica a la tropa a caballo.

adhesiones, por lo menos superficiales, se multiplicaron por toda Arabia cuando murió Mahoma, en Medina, el año 632.

Nos resulta difícil hoy en día apreciar la personalidad de un hombre que por una parte ha sido el fundador de una religión grande y nueva y que, por otra, no por eso está menos enraizado en su tiempo. Para el musulmán clásico, él es el Profeta de Allāh, el intermediario elegido para llevar a los hombres la Revelación, pero que, a pesar de los adornos de tradiciones tardías, no es más que un hombre, ciertamente ejemplar, pero sin ningún carácter divino. Para el historiador, que ya no puede hacer suyas las acusaciones nacidas de antiguas polémicas interconfesionales, ni puede contentarse con pueriles explicaciones acerca de la vocación religiosa por epilepsia, Mahoma aparece como una de esas personalidades superiores que con un ardor y una sinceridad indudables trataron de elevar el nivel de vida moral y de pensamiento de los hombres entre los que vivió, y supo adaptar su mensaje al carácter y a las tradiciones de estos hombres con un sentido de la comprensión y de la organización que debía asegurar su supervivencia. La coexistencia que en él se advierte, de altura de su inspiración y de lucha contra las dificultades humanas y las suyas propias, no puede despertar más que la emoción y el respeto. Ciertamente, algunos aspectos de su existencia pueden molestar de buenas a primeras a un espíritu moderno. La polémica ha insistido reiteradamente sobre la sensualidad del Profeta y las nueve esposas que tuvo después de la muerte de Jadīŷa. Pero, además de que la mentalidad árabe no veía mal alguno en usar de la naturaleza humana tal como Dios la había hecho, es cierto que la mayoría de estas uniones tenían un carácter político y traían consigo la adhesión de un notable o de un clan.

Es bastante difícil separar y resumir claramente el mensaje y la obra de Mahoma tal y como fueron progresivamente elaborados en el transcurso de los veinte años de su vida profética. El Corán, en que se alinean las revelaciones, en nada se parece a un tratado metódico, y los comentaristas antiguos o modernos no siempre han estado de acuerdo sobre el sentido que convenía dar a muchos pasajes. La Revelación que el Profeta, el enviado de Dios, nos da a conocer, es sustancialmente idéntica a aquellas de las que habían sido mensajeros los profetas anteriores, desde Adán a Jesús, considerado como uno de ellos. El Islam, en este sentido, se sitúa, pues, deliberadamente, en la familia de las dos grandes religiones monoteístas que le habían precedido, debiéndose atribuir, sin embargo, las divergencias que existen entre tradiciones similares de la Biblia y el Corán a una alteración de sus escrituras por los judíos y los cristianos; Mahoma, no obstante, es «el último de los profetas», no habrá más antes del fin del mundo, se ha puesto fin a la Revelación.

Allāh, cuyo nombre era conocido antes del Islam como el de la divinidad más fuerte de La Meca, y que significa propiamente «el Dios», es ahora simplemente Dios, antes que nada absolutamente único, y todopoderoso al mismo tiempo que justo. Creó el mundo y el hombre, cuya historia transcurre según un esquema, en suma, bastante próximo al de la Biblia. Sobre la vida humana pesa la preocupación del Juicio y de la Salvación, sin que pueda intelectualmente armonizarse lo que, según las necesidades de la acción, se dijo acerca de la Justicia divina y acerca de la Predestinación, concebida como corolario necesario de la Omnipotencia. Dios comunica a los hombres una Ley que les dicta los deberes que tienen para con El y los unos para con los otros. Diríamos que esta Ley es a la vez religiosa y social, si esta distinción no fuera incluso extraña al Islam. Respecto a Dios, el deber principal es la fe y la sumisión a su voluntad: tal es el sentido de la palabra *islām*, y el que se somete a ella es el *muslim* (musulmán). Dios exige a los hombres actos precisos que, sin embargo, no son nada sin la intención, y que poco a poco, después del retorno a la Meca, se concretan en cinco: la plegaria, a ser posible en común, o más exactamente, pues la palabra traduce mal el árabe *ṣalāt*, una profesión de sumisión, que no se acompaña de ninguna ceremonia de culto, de ningún sacrificio de carácter sobrenatural; la limosna, *zakāt*, primitivamente un acto de solidaridad entre creyentes a la vez que purificación de la riqueza; la peregrinación a la Meca, islamización de la antigua peregrinación pagana; el ayuno del mes de Ramadán inspirado en el ejemplo judío; la guerra santa, obligatoria directamente sólo para aquellos que pueden consagrarse a ella, y que procura la salvación a sus mártires (en el mismo sentido que en griego: testigos).

Con referencia a la ley social, los primeros historiadores modernos de Mahoma creyeron poder encontrar en él un precursor del socialismo. Es un error de óptica. Como todos los fundadores de religiones, Mahoma no predicó una doctrina social, sino una exigencia moral. Sólo subsiste el hecho de que ésta le llevó necesariamente a combatir algunos rasgos de la sociedad que le rodeaba, y pudo por esta razón atraer particularmente hacia él a aquellos que se sentían a disgusto en ella. El sentido fundamental de Mahoma fue el de la comunidad, con todo lo que ésta exige de mutua solidaridad; para el musulmán, aun hoy, el pecado por excelencia es la

ruptura de la comunidad. En sus prescripciones particulares, que no podemos enumerar por el momento, Mahoma abordó la sociedad tal y como la encontró, sin acción revolucionaria; pero ya se tratase de la familia y de la condición de la mujer, o de la esclavitud, o de la vida económica, trató de atenuar los abusos y de establecer mayores garantías de justicia.

Como ha demostrado este último párrafo y lo establece el mismo relato de la vida del Profeta, éste, a diferencia de Jesús y de otros iniciadores de religiones, fue simultáneamente el fundador de una fe y el organizador de un Estado. Cierto que los órganos de este Estado son aún rudimentarios, y en especial sus finanzas, que reposan sobre la limosna voluntaria de los creyentes y el botín de guerra, no son apenas más que una caja de familia. Pero lo esencial es que, por primera vez en la historia de Arabia, un solo hombre hiciera admitir su autoridad a la casi totalidad de sus habitantes. Es esencial también, por contraste con la historia cristiana, en que Jesús, venido durante el Imperio romano, predicó una fe que «da al César lo que es del César», que Mahoma, en el seno de una sociedad ignorante de todo Estado, creara de forma indisoluble una religión y un Estado. Volveremos a encontrar a lo largo de la historia musulmana las consecuencias de esta oposición entre la concepción de dos poderes y una Ley única. Esencial es, por último, que, aunque la tribu subsista, el principio del nuevo Estado, que es la comunidad de religión, le sea exterior y superior.

Se perfilaron, por fin, los rasgos generales del comportamiento de los musulmanes con respecto a los no-musulmanes: para los árabes, a los que en principio se dirige la Revelación, que todavía eran paganos, la conversión o la muerte; para los judíos y los cristianos, que son «Gentes del Libro», es decir, que tienen un texto sagrado auténtico, la alternativa a la conversión es simplemente la sumisión, materializada, entre otras cosas, por obligaciones financieras.

3. La fundación del imperio árabe-islámico

Revueltas y conquistas

Poco faltó para que a la muerte de Mahoma toda su obra se viniera abajo. Nada había previsto respecto a su sucesión. Sin embargo, parece ser que, sin mucha dificultad, los principales compañeros se pusieron de acuerdo para designar en el año 632 a Abū Bakr, y a su muerte, acaecida el año 634, a 'Umar, es decir, dos hombres conocidos por haber estado siempre entre los más cercanos al Profeta, asociados desde tiempo atrás a su acción a la vez que padres de sus dos esposas (Abū Bakr, de su preferida, la jovencísima Ayša), por lo que no se puede considerar el parentesco propiamente dicho como un factor decisivo. Los dos hombres se hacían notar por su piedad y honestidad, y también por su sentido de la acción política. Pero es preciso comprender que su influencia no podía ser de la misma naturaleza que la de Mahoma. Son los vicarios de este último, *jalīfa,* califa, ya no son profetas: la Revelación no se continúa a través de ellos; la Ley ya ha sido dada, y ellos deben aplicarla y regir la comunidad de forma que aquélla encuentre aplicación, pero sin autoridad verdadera para interpretarla mejor que otro cualquiera.

El principal problema, sin embargo, era conservar la adhesión de las tribus. Estas, cuya sumisión era aún reciente y superficial, tenían tendencia a considerar que el juramento hecho a Mahoma no los había comprometido más que hacia su persona, y que muerto éste podían recuperar su libertad tradicional: signo de los tiempos, no obstante, muchas de ellas seguían a «falsos» profetas. Su revuelta, *ridda,* fue dominada en pocos meses por la decisión y la destreza de Abū Bakr, y de los jefes que éste envió contra ellas; pero, sobre todo, su sumisión fue definitivamente ganada y consolidada gracias a la labor de conquista que los dos primeros califas inauguraron y de la que las tribus fueron, al mismo tiempo que los artesanos, a causa de los combatientes que proporcionaron, los beneficiarios, por las inmensas ganancias que les iba a proporcionar casi de inmediato.

La obligación de someter o convertir al infiel se derivaba implícitamente del comportamiento del Profeta en sus últimos tiempos. Pero los destacamentos enviados por él hacia el Norte

nunca habían traspasado las fronteras de Arabia. Abū Bakr y 'Umar sabían evidentemente que existía un Imperio «romano» y un Imperio «persa», y que ambos acababan de enfrentarse; pero seguramente no tenían idea alguna de destruirlos. Fue una auténtica revelación para ellos el comprobar la sorprendente debilidad del adversario, una vez que obtuvieron las primeras victorias que en pocos años extendieron casi hasta los límites del mundo conocido las ambiciones de los musulmanes. Sobre estas debilidades ya hemos adelantado algo. Por un lado, la guerra, aún muy reciente, en que los dos Imperios habían tenido que emplearse hasta el límite de sus fuerzas, había provocado su agotamiento; pero también había otras causas permanentes de debilidad. Sus mismas dimensiones exponían a ambos Imperios a ataques sobre diversos frentes y les obligaban a dejar transcurrir largos períodos de tiempo antes de poder atenderlos todos; la novedad de un verdadero ataque a través de Arabia, frontera que no había tenido hasta entonces una auténtica organización militar, y sobre todo el desapego de los súbditos. En el seno del Imperio bizantino las poblaciones semíticas de Asia y las coptas de Egipto, lejos de haber sido completamente asimiladas y helenizadas, conocían, por el contrario, desde el siglo v, ligado a la difusión del cristianismo, un renacimiento de su propia cultura en su lengua «nacional»; las exigencias del fisco, la impopularidad de los grandes propietarios, casi todos griegos o helenizados, acentuaban las tendencias autonomistas, que con facilidad tomaban forma religiosa: arameos y coptos eran monofisitas, y como tales, perseguidos e importunados por la Iglesia bizantina oficial, sin hablar de otros, los nestorianos, que habían sido desterrados y que se hallaban refugiados en tierra de los sasánidas. Estos, a su vez, habían tenido sus crisis sociales, marcadas en especial por el movimiento de Mazdak en el siglo v; aunque de buena gana habían acogido y protegido a los nestorianos y a los judíos, mal vistos en Bizancio y de los que en consecuencia podía hacer sus aliados, éstos, sin embargo, eran cuerpos extraños en un Estado cuyo elemento dirigente, el elemento iraní, estaba encuadrado en una Iglesia nacional, llamada zoroastra o mazdea; por otro lado, la estructura del Estado seguía siendo bastante elástica y muy grandes las tendencias autonomistas de las aristocracias provinciales. En las fronteras de Mesopotamia y de Siria los árabes eran conocidos, puesto que los gassaníes monofisitas y los lajmíes nestorianos habían constituido allí principados, sin hablar de otros grupos inmigrados en tiempos lejanos; y los habitantes en general los veían con menos malos ojos que a sus mismos amos, más

 Ciudad Cuyo [illegible] entre Tel Aviv y Haifa

SASÁNIDAS: NOMBRE DEL SEGUNDO IMPERIO PERSA (226-651). COMENZÓ CON ARDASHER I. REEMPLAZA AL IMPERIO PARTO QUE COMENZÓ EN EL SIGLO III AC. LUEGO DE LA CAÍDA DEL IMPERIO DE ALEJANDRO.

extraños a ellos. Además, era corriente la idea de que podía haber revelaciones sucesivas en los diversos pueblos, tanto que el anuncio de una revelación entre los árabes no tenía en sí mismo nada de escandaloso. No podía entonces preverse, de una religión aún tan mal constituida, los golpes que ulteriormente daría a las religiones firmemente establecidas. Los Padres de la Iglesia, por esa misma razón, no habían dicho nada acerca del Islam, contra el cual el clero no tenía las mismas armas que poseía contra las viejas herejías.

Los árabes musulmanes no tenían armas ni tácticas extraordinarias; el camello era un excelente transportador de tropas, pero no servía para entrar en combate, y el «caballo árabe» era un lujo excepcional. Su fuerza estribaba en su posición relativamente central con respecto a las distintas fronteras que atacaban y en la disponibilidad casi permanente de sus tropas, seminómadas o voluntarias de la fe. Su fuerza estribaba, también, en el entusiasmo religioso, extendido y reforzado rápidamente entre aquellos que en un principio no lo experimentaron, por el botín, y no sólo por los beneficios inusitados que procuraba, sino porque manifestaba el apoyo de Allāh. Frente a ellos se alineaban tropas pesadas, indiferentes y, en el caso del Imperio bizantino, casi únicamente mercenarias, desmoralizadas además por las querellas intestinas y la hostilidad de las poblaciones.

En estas condiciones, la amplitud y la rapidez de las conquistas arabo-musulmanas dejan de ser un milagro ocasional: no se habrían mantenido si lo hubiesen sido, y a imitación de otros «imperios», se habría derrumbado al cabo de algunas generaciones. El primer país atacado y conquistado fue Siria, hasta Cilicia, comprendiendo, por supuesto, a Jerusalén. Los principales hechos de armas tuvieron lugar durante las luchas por la posesión de Damasco, que había capitulado por primera vez, sin combatir, el año 635, y que fue definitivamente conquistada después de la victoria obtenida por los árabes sobre el gran ejército bizantino enviado por el emperador Heraclio, en las riberas del Yarmuk, afluente oriental del Jordán (junto al lago de Tiberíades) en agosto del año 636. 'Amr llevó a cabo en los meses siguientes la conquista de Palestina y de Jerusalén, adonde vino a rezar el califa 'Umar, mientras Abū Ubayd terminaba la de Siria propiamente dicha, y Jalid, que había llevado refuerzos enrolados en los confines de Iraq reemprendía las hostilidades en este frente. La última plaza bizantina de Palestina, Cesarea, sucumbió el año 640.

En esta fecha hacía varios años que Iraq había sido igualmente conquistado y atacado el Irán. Después de una serie

 PADRES DE LA IGLESIA: PASTORES Y ESCRITORES ECLESIÁSTICOS (OBISPOS DAGI TODOS) EN LOS PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO. HABÍA CUATRO GRANDES PADRES: GRIEGOS Y 4 LATINOS.

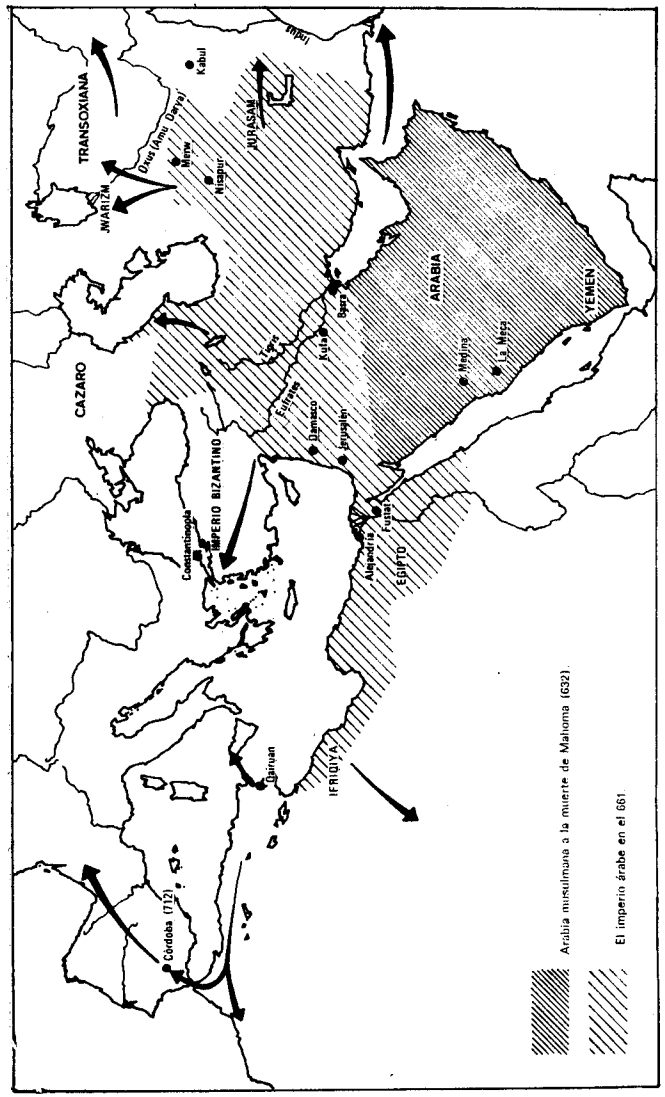

Fig. 1. Las conquistas árabes en el siglo VII

de escaramuzas fronterizas con diversa fortuna, se obtuvo una victoria decisiva sobre el ejército del šāh-an-šāh Yazdegerd, en Qādisiya (primavera del año 637), y su capital, Ctesifón Seleucida (que debía llamarse bajo los musulmanes Madāin, Las Ciudades) fue conquistada, junto con un botín fabuloso, por grandes contingentes árabes a las órdenes de Sa'd ibn abī Waqqās. Yazdegerd huyó a Irán. Desde las bases que constituyeron en Iraq, los árabes emprendieron la penetración en el Irán (batalla de Nehawend, 642). La extensión y los autonomismos locales retardaron la conquista, pero en ningún momento llegó a organizarse una resistencia general por lo que todo el Irán propiamente dicho estaba sometido cuando el desgraciado Yazdegerd murió asesinado en la provincia extrema de Merw, el año 651. Mientras tanto la alta Mesopotamia había sido ocupada a partir de Siria e Iraq, y la misma Armenia era atacada.

Desde Palestina, 'Amr vigilaba a Egipto. 'Umar dudaba en autorizar la penetración en un país al que resultaría difícil, en caso de derrota, enviar ayuda con rapidez. El ataque comenzó a finales del año 639, y sólo fue interrumpido por los períodos de las inundaciones del Nilo. Su episodio principal fue el sitio de la ciudadela llamada Babilonia (no se confunda con la antigua ciudad del mismo nombre, en Iraq), que controlaba el paso del río por encima del delta; la ciudadela capituló el año 641, siendo, por el nombre de su foso, «fussatun», rebautizada con el nombre de Fusṭāṭ (hoy incorporada al área urbana de El Cairo). A partir de este momento pudo emprenderse la marcha sobre la capital, en aquel entonces Alejandría, gobernada por Ciro (célebre en los anales árabes bajo el nombre enigmático de Muqauqis), sacerdote al tiempo que jefe administrativo; la ciudad estaba desgarrada por las facciones político-religiosas, al tiempo que los bizantinos eran mal vistos por las masas. Capituló después de la muerte de Heraclio (642), y las tentativas bizantinas de recuperarla por mar resultaron un fracaso: Expediciones árabes habían sido ya dirigidas hacia Pentapolis (Cirenaica), al mismo tiempo que hacia el alto Egipto.

La organización de los países conquistados

Más que del detalle de los episodios, algunos de los cuales deberían, sin embargo, conquistar aureola de leyenda, pero de los que es imposible hablar más ampliamente dentro de los límites de un pequeño volumen, es preciso tratar de hacer com-

CTESIFON: se encontraba a unos 30 km de Bagdad.

prender algunos caracteres de estas conquistas y de la organización que las acompañaba. La tradición tiene tendencia a atribuir al califa 'Umar la iniciativa de la mayoría de las instituciones que luego existirán en el mundo musulmán; tal atribución es imposible en muchos casos, pero, por fuerza, la época de las conquistas hubo de ser aquella en que comience a desarrollarse la organización del nuevo orden que resultaría de ellas.

Un primer punto a señalar es que la conquista, en opinión de los habitantes de los territorios conquistados, no rompía la continuidad de su existencia local. Las dinastías habían caído o habían sido elimniadas, pero de ello no se seguía como consecuencia inevitable la transformación de las instituciones que regían la vida cotidiana. La tradición posterior distinguirá con demasiada nitidez, por razones que luego consideraremos, los territorios sometidos «por la fuerza» de los sometidos «por tratado»; en este último caso, que de hecho es el de la mayoría de las grandes ciudades con su provincia, los términos de la capitulación precisaban los derechos y deberes de los habitantes; incluso aunque los textos de las capitulaciones que han llegado hasta nosotros no ofrezcan demasiadas garantías de autenticidad, no hay duda de que representan la concepción que la antigua administración califal tenía del régimen a aplicar. Pero, en realidad, no existe diferencia fundamental entre los casos de capitulación y los otros, porque los nuevos amos siempre conservaron, «grosso modo», todo lo posible del régimen anterior, sin duda por razones políticas, pero sobre todo en razón a la incapacidad en que se hubiesen visto, extranjeros y sin formación administrativa, si hubiesen querido reemplazar el personal indígena y transformar las instituciones. Bien entendido, en la cúspide de la jerarquía social se ponía ahora el ejército ocupante, que tenía su propia organización y que era el beneficiario del trabajo y de los impuestos de las poblaciones, ocupando la misma posición que las aristocracias anteriores: pero esto es todo lo que en un principio sufre transformación. Una conquista, cuyas consecuencias progresivas deberían figurar entre las más considerables de la Historia, comenzó por no tener más que algunas apenas perceptibles.

¿Qué se pide, qué se concede a los habitantes? En Arabia, por supuesto, desde la *ridda,* todo el mundo debía ser musulmán, y, contrariamente a lo que había hecho el Profeta fuera de Medina, pero conforme a lo que allí había hecho, se llega, incluso, a expulsar a todos los judíos y cristianos. Sin embargo, en el resto de los territorios hasta el momento conquistados, la idea de una conversión general no parece haber preocupado a los conquistadores. Lo único que se pide es, pues, sumisión, con su protección como contrapartida. Los vencidos conservan una libertad de culto que se ve limitada solamente, en los lugares donde hay musulmanes, por la obligación de evitar las manifestaciones públicas de naturaleza capaz de herirles; conservan asimismo su ley privada. La sumisión se materializaba en el pago de impuestos que variaban según los casos, pero que en general no se habían visto modificados, con respecto al régimen anterior, por el cambio de beneficiario. Por medio de estos pagos, considerados por el musulmán como significativos del reconocimiento de la alta soberanía de la comunidad musulmana, los habitantes conservaban sus propiedades, no pudiendo los árabes establecerse más que fuera de ellas. Estos sólo podían adquirir bienes en el caso de que hubiesen desaparecido sus propietarios o en el caso de bienes del Estado, que revertían automáticamente al nuevo Estado (al menos esta era la tendencia general, aunque en un principio, sin duda, hubiese ciertas vacilaciones en la práctica). A estos pagos se añadían las obligaciones de fidelidad que no tenían virtualidad más que en período de conquista: albergar a los musulmanes, informarles y no informar al enemigo, etc.; y una cláusula, la prohibición de vestirse al modo árabe, comprensible en este contexto (evidentemente los indígenas no se vestían al modo árabe de forma usual), que, más tarde, servirá de precedente de otra interpretación de que volveremos a hablar. Los cuadros indígenas permanecen a la cabeza de sus congéneres, sin duda menos controlados que por los Estados precedentes.

A los árabes, en este momento, les preocupaba su propia organización en función de la guerra y de la expansión que trastorna sus condiciones de vida. El botín es evidentemente un gran elemento de atracción que se añade a la fe y la garantiza. El uso pronto distingue en aquél dos elementos, la *ganīma* y el *fay'*. La *ganīma* es el botín mobiliario hecho en el campo de batalla; en principio no se puede apropiar cada cual de lo que quiera, sino que los jefes hacen un reparto entre los combatientes y se reserva un quinto, según la tradición del Profeta,. El *fay'* engloba todas las restantes cosas que pueden ser adquiridas, es decir, prácticamente el territorio con sus rentas. Aunque no puedan tomarse al pie de la letra las tradiciones posteriormente difundidas, que se refieren a las discusiones relativas a la utilización del *fay'* en tiempos de 'Umar, hay que admitir, sin embargo, que tales discusiones existieron; la mentalidad del beduino le incitaba a desear simplemente el

reparto individual de las adquisiciones entre los combatientes, lo que hubiera significado la imposibilidad «a priori» de toda organización general y de todo Estado. 'Umar y sus consejeros hicieron admitir que el *fay'* era adquirido en beneficio de la entera comunidad, incluso futuro, lo que dará lugar a una elevación del impuesto, como lo hicieron los Estados anteriores, y a utilizarlo para los gastos de la comunidad. Entre éstos, por el momento, el esencial era la paga de las tropas, paga que se añadía al botín. No existía entonces una clara distinción entre combatientes y no-combatientes, ya que, aunque evidentemente no todo el mundo combatía, de hecho todos podían combatir. Sin embargo, había un registro de todos los combatientes y de todos aquellos que de una manera o de otra tenían una situación eminente en el Islam; de este modo nace, de una palabra persa que era ya conocida en árabe, el *Dīwān,* en un principio simple lista de los que tenían derecho a paga, juntamente con el montante de ésta, montante que se calculaba siguiendo una jerarquía ligada a la categoría islámica y no a los servicios militares; a la cabecera figuraba la familia del Profeta, y luego sus compañeros, por orden de la antigüedad de su adhesión, etc., hasta llegar, al final, a las mujeres, los niños e incluso, clientes no-árabes convertidos de antiguo en musulmanes.

Evidentemente no se trata de que los árabes, en esta fase guerrera, se mezclasen con la población y se diluyesen en ella. Por el contrario, se solían establecer en guarniciones. Es preciso, sin embargo, distinguir dos casos: en ocasiones, como en Siria, se instalaron en ciudades preexistentes junto a la población autóctona, sin duda porque el país estaba demasiado poblado y urbanizado como para que fuese posible obrar de otro modo; se observa solamente que los árabes prefirieron, como es natural, las localidades al borde del desierto a las de la costa. En otros casos los árabes fundaron pronto, en la ribera árabe de los grandes ríos que debían atravesar, campamentos permanentes que serían origen de futuras ciudades, los llamados *amṣār* (plural de *miṣr),* donde, a pesar de la rápida afluencia indígena, si bien no lograron mantenerse aislados, al menos constituyeron el elemento fundamental: tales fueron, en tiempo de 'Umar, Baṣra (Basora) y Kūfa, en Iraq, y Fusṭāṭ en Egipto, bases para las posteriores expediciones que, a causa de la creciente distancia, no podían nutrirse directamente de tropas en Arabia. En Siria, pronto las tropas, administrativa y financieramente, fueron repartidas en cuatro circunscripciones, *ŷund* (plural *aŷnād)* que se correspondían, poco más o menos, con las antiguas provincias bizantinas. No hay vestigios

de una tal distribución en Iraq ni en Egipto, ni «a fortiori», en Irán.

Los árabes tenían evidentemente una rudimentaria organización interna. Los gobernadores de cada provincia, encargados de las poblaciones conquistadas, se ocupaban al mismo tiempo «de la guerra y de la plegaria», entiéndase de los asuntos religiosos; se establecen lugares de culto, ya por medio del reparto temporal de una iglesia con los cristianos, ya por la construcción de edificios aún sencillos; los *'urafa'* (plural de *'arīf)* se ocupan de la administración del ejército; ciertos personajes, que anuncian a los futuros *qāḍīs,* empiezan a ocuparse de los litigios mientras que los «lectores», recordando las palabras de Allāh y de su Profeta, mantienen a su modo el fervor religioso. El califa, a pesar del botín y de los impuestos sigue siendo un hombre sencillo, abordable, que, aun habiendo venido en un cierto momento a Jerusalén, continúa residiendo en Medina, la ciudad del Profeta. De todo ello se deriva, a pesar de un serio control global, una gran autonomía cotidiana para los jefes y gobernadores de los nuevos territorios.

'Uṯmān y 'Alī: El origen de las divisiones político-religiosas

Aunque todavía fuese muy rudimentaria esta organización, aunque fuesen vacilantes las soluciones dadas a los problemas, es evidente que de ella se derivaban, frente a la comunidad de los tiempos del Profeta, profundas transformaciones que afectaban al estilo mismo de la vida, y que, por tanto, daban lugar a difíciles problemas. El asesinato de 'Umar por un esclavo persa (644) tal vez no fue más que un hecho aislado, pero la crisis inevitable iba a estallar con su sucesor 'Uṯmān. La importancia que tienen estos acontecimientos para la subsiguiente historia musulmana, el recuerdo siempre vivo que de ellos conserva la conciencia musulmana, nos obliga a relatarlos con algún detenimiento.

La elección de 'Uṯmān, aunque no fuera un hombre sobresaliente, era natural. Musulmán de la primera época, emparentado por matrimonio con el Profeta, pertenecía además a esa aristocracia qurayšī que, aunque en cierto momento fue relegada a un segundo plano por el éxito del Islam, no dejó de ser la potencia económico-social dominante en La Meca y en Arabia: el profeta no había tenido nunca intención de destruirla, sobre todo desde que se unió al Islam, y la designación de 'Uṯmān, en suma, podía testimoniar esta mutua reintegración.

No es posible sostener que 'Uṯmān no hizo nada por el Islam, puesto que fue él quien hizo redactar la edición oficial del Corán, hasta entonces transmitido a trozos y a merced de la memoria de los individuos. Más tarde se le acusará, o al menos algunos lo harán, de sustituciones o supresiones, pero nada autoriza esta sospecha, y si los modernos pueden evidentemente lamentar que el trabajo no se hubiese hecho como nosotros lo haríamos, tampoco se le puede censurar el haber hecho, por medio de la consulta y del trabajo en común de los mejores compañeros, una edición que a todas luces se hacía necesaria, si se quería salvaguardar la unidad del Islam. El texto de 'Uṯmān es todavía hoy el texto oficial de la comunidad musulmana.

Pero 'Uṯmān se encontró enfrentado a una serie de problemas que otros mejor dotados que él probablemente no hubieran podido resolver mejor: la evolución de las costumbres, en la misma Medina, como resultado del enriquecimiento debido a las conquistas; el reparto de los ingresos procedentes de los impuestos entre las provincias y el Gobierno central (los árabes de los territorios conquistados pedían que todo fuese gastado en su lugar de origen, es decir, en beneficio propio); por último, la cuestión ligada a la precedente, del control de la gestión de los jefes semiautónomos sobre los territorios ocupados. 'Uṯmān se vio obligado a revocar a algunos de ellos, como al ilustre 'Amr dueño de Egipto, y pronto llegaría a la conclusión de que la fidelidad de sus lugartenientes alejados estaría mejor asegurada si les elegía, dentro de lo posible, entre sus parientes: eso fue lo que hizo, por ejemplo, al enviar a Damasco, capital de Siria, a un hombre, Mu'āwiya, con quien nos volveremos a encontrar. Pero se exponía así a la acusación de nepotismo y a un aumento de la oposición de todos aquellos que podían, con razón o sin ella, sentirse inquietos por su carrera. Entre sus enemigos se encontraban en Medina, Ayša, la viuda aún joven del Profeta, y el primo y yerno de éste, 'Alī; en Egipto, 'Amr y otros. Una coalición se formó entre los emisarios de unos y otros, que concluyó, sin que sea posible separar la parte de responsabilidad, intención o azar que en ello hubo, con el asesinato, en condiciones bastante sombrías, del viejo califa mientras rezaba (656).

Impuesto por el partido victorioso al día siguiente del drama, la designación del nuevo califa, 'Alī, no podía presentarse bajo auspicios tan favorables como los precedentes. 'Alī era primo y yerno del Profeta y uno de los primeros musulmanes, y más tarde se subrayará que fue padre de los únicos descendientes carnales de éste, a través de su hija Fāṭima. Nada se puede

aventurar sobre lo que hubiese pasado caso de que Mahoma hubiese tenido un hijo varón, pero en todo caso, lo cierto es que el espíritu «legitimista» estaba muy poco desarrollado entre los árabes: el propio 'Alī, aun teniendo quizá objeciones a hacer sobre la elección de los califas precedentes, realmente no se había considerado superior a ellos. Lo que en este momento se valoraba en él era, sobre todo, después del hombre valiente que había sido en su juventud, al conocedor, al garantizador de la costumbre, *sunna*, del Profeta, al que, ante todo, preconizaba el respeto inmutable a esta costumbre, al que, en nombre de esta costumbre, había maldecido el comportamiento de 'Uṯmān, al que, por tanto, había podido captar a los descontentos. Aparentemente no había querido el asesinato de 'Uṯmān, pero no lo desaprobó, y conservó en torno suyo a algunos de sus autores aun a costa de aparecer como cómplice. Y no era seguramente un gran hombre de Estado.

Impuesto por un partido, 'Alī, a diferencia de sus predecesores, no podía ser reconocido por todos; de donde vino la primera *fitna*, ruptura de la comunidad todavía hoy en el ánimo de los fieles de Allāh dolorosa e incomprensible. Por una parte se sublevaron, apoyados por Ayša que detestaba a 'Alī, los notables quraysies de La Meca, Ṭalḥa y Zubayr, que arrastraron a Baṣra en su movimiento. Por otra parte todos los que, según la tradición árabe, reclamaban venganza por la sangre del califa asesinado, se agruparon en torno al gobernador de Siria, Mu'āwiya, su próximo pariente, que poseía la ventaja de disponer de los recursos de su rica provincia y de ser un hombre político que había ya dado muestras de ello. La primera revuelta fue aplastada fácilmente, tras la batalla llamada del «Camello» (montado por Ayša), pero 'Alī se vio empujado a abandonar Arabia y a agrupar sus fieles en torno al otro *miṣr* iraquí, Kūfa, que debía ser durante generaciones el centro de la propaganda 'alí; así se sentaban las bases del movimiento que debía hacer de Arabia, nido del Islam, una provincia ajena a su desarrollo y pronto recaída en su miseria.

La otra revuelta fue mucho más grave, ya que tras el pretexto de la piedad y la venganza existía también una concepción divergente de la política a seguir y del papel respectivo de Siria, Iraq y Arabia, es decir, una querella de beneficiarios. Se entabló una batalla el verano del año 657 en Siffīn, en el Medio Eufrates, entre Siria y Mesopotamia. Estaba aún indecisa cuando los sirios, en su gesto que se ha hecho célebre, izaron hojas de Corán en la punta de sus lanzas, queriendo significar con ello, ante el escándalo de esta lucha fratricida, que era preciso someterla al juicio de Dios; esto es, respetando

FRATICIDA ?

su Ley, confiar la decisión a unos árbitros. La presión de una gran parte de los suyos, convencidos de estar en su justo derecho, obligó a 'Alī a aceptar este procedimiento. Se trataba, estudiando el comportamiento de 'Uṯmān, de juzgar si su asesinato podía ser admitido y si, en consecuencia, Mu'āwiya se equivocaba o tenía razón cuando invocaba su venganza. Sin embargo, en Siffīn, algunos protestaron diciendo que era un sacrilegio poner en mano de hombres el juicio de Dios, y que era necesario, conforme a un versículo del Corán, continuar combatiendo a los rebeldes: mientras se esperaba la solución del litigio, estos partidarios de 'Alī fueron llevados por la lógica de su razonamiento a aislarse de los dos partidos, y de ahí el nombre de *jāriŷíes* (salientes) que les va a quedar a lo largo de su historia. De este modo se perfilaban los tres partidos que, durante siglos, debían compartir el Islam: los *šī'íes* (= partidarios, se entiende de 'Alī o de la familia), los *jāriŷíes,* y aquellos que, por el momento agrupados detrás de Mu'āwiya, son en cierta medida los antepasados de los que, más tarde, se denominaran *Sunníes,* a pesar de ser los partidarios de 'Alī los que se considerarán más impuestos sobre la *sunna.* En verdad estos partidos evolucionaron hacia destinos imprevisibles en 657, pero es en estos hechos donde encontramos su origen, lo que implica la obligación para todos los curiosos de las cuestiones islámicas de tener de todo ello un recuerdo claro. El arbitraje de Adrah, absolviendo a 'Uṯmān, falló contra 'Alī, lo que trajo consigo el que las tropas de Mu'āwiya proclamasen a éste como califa (658). 'Alī, antes de combatirle, consideró necesario tener que reducir a los jāriŷíes, de donde resultó la masacre de Nahrawān, que contribuyó a su descrédito. Poco a poco iba perdiendo terreno, sin que se pueda afirmar con seguridad si Mu'āwiya se lo habría ganado, cuando 'Alī fue asesinado delante de la mezquita de Kūfa por un jariŷí deseoso de vengar a sus hermanos (661). Su muerte aseguró el triunfo de la familia Omeya, de la que era jefe Mu'āwiya.

El período que se cierra el año 660, con el advenimiento de lo que iba a ser una dinastía, es el que la tradición sunní llama el de los cuatro califas «ortodoxos», rechazando las acusaciones contradictorias pronunciadas contra uno u otro de ellos, mientras que los šī'íes y otros se negarán, por el contrario, a reconocer legitimidad alguna por principio ya sea a 'Uṯmān, ya sea a los cuatro sucesores de Mahoma en bloque, y en consecuencia a ninguna de las decisiones y medidas tomadas por ellos. Para nosotros es el período en que las conquistas implican una desproporción tal entre el nuevo y el primitivo mundo del Islam, que una crisis de crecimiento se hacía

inevitable. La experiencia probará que, a pesar de que las conquistas momentáneamente habían perdido su ritmo, no se trataba más que de una crisis de crecimiento, y veremos que en ningún momento los habitantes recién sometidos intentaron aprovecharse de las discordias entre sus vencedores para tratar de sacudirse el yugo: lo aceptaban, pues, o lo que es peor, se consideraban incapaces de sacudírselo.